

EL NIHILISMO EN NIETZSCHE

YENNIFER GARCÍA TAMAYO

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
SANTIAGO DE CALI
2017**

EL NIHILISMO EN NIETZSCHE

YENNIFER GARCÍA TAMAYO

Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Filosofía

Director: Luciano Arcella

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
SANTIAGO DE CALI**

2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO I:	
EL NIHILISMO COMO FÉNOmeno HISTÓRICO	6
CAPÍTULO II:	
EL NIHILISMO EN EL PENSAMIENTO DE NIETZSCHE	16
- Entre aforismo y nihilismo	16
- Anuncio del nihilismo	19
CAPITULO III:	
ESENCIA DEL NIHILISMO	25
- Los valores y la tradición cristiana	29
CAPITULO IV:	
LA MUERTE DE DIOS, UN CAMINO A LA LIBERACIÓN DEL HOMBRE	
- Sobre la crítica a la metafísica	35
- El cristianismo y la muerte de Dios	39
BIBLIOGRAFÍA	45

INTRODUCCIÓN

La presente reflexión tiene como propósito dilucidar el nihilismo partiendo del marco general del pensamiento del filósofo alemán Friedrich Nietzsche. A lo largo de la historia el hombre ha tratado de hacer un diagnóstico de los problemas que le aquejan y sobre los cuales ha caminado a tientas, ha intentado establecer la raíz fundante del declive cultural y la pérdida del suelo sobre el cual edificaba la existencia. Nietzsche, ha hallado la respuesta en el nihilismo. Éste puede entenderse a *grosso modo* como la pérdida de la meta, la negación de todo fundamento moral y metafísico, la devaluación de los valores supremos que sustentaban la interpretación de todo lo real.

Si bien, el término ya había sido utilizado por Dostoievski y algunos novelistas rusos a finales del XVIII y principios del siglo XIX, es Nietzsche quien lo plantea como un problema capital, es decir, es el primero en abordar el nihilismo como un problema filosófico. Por consiguiente, nuestro trabajo se limita al análisis que el autor hace al tema.

La intención del texto es mostrar la esencia del nihilismo, partiendo de la exégesis histórica del término y el lugar que ocupa en el pensamiento de Nietzsche. Para cumplir a cabalidad con nuestro objetivo es menester remitirnos a la interpretación histórica del valor de la existencia. De esta manera podremos hacer diáfana la relación entre los valores y la moral, lo cual nos permitirá avistar la germinación del nihilismo. Por consiguiente, este primer momento nos servirá de base para interpretar el nihilismo y los temas que se circunscriben a

él. A saber, el cristianismo como metafísica moral y la posibilidad que se abre con el nihilismo de cambiar el fundamento del valor.

Es preciso examinar cuál ha sido la forma bajo la cual se ha interpretado todo lo real y qué sucede cuando ese fundamento que convalidaba el orden social y existencial fracasa. Cabe hacer hincapié que el horizonte y el suelo de nuestra discusión es Occidente y que la perspectiva desde la cual hemos de concebir el nihilismo yace en la interpretación histórica que Nietzsche hace a su cultura.

CAPÍTULO I

EL NIHILISMO COMO FENÓMENO HISTÓRICO

“El juicio de aquellos filósofos sobre la vida y la existencia decía mucho más que cualquier juicio moderno, ya que ellos tenían la vida ante sí en su abundante apogeo y porque para ellos el sentimiento del pensador no se confundía –como para nosotros- en la discrepancia existente entre el deseo de libertad, belleza, grandeza de vida y el impulso hacia la verdad que tan sólo pregunta

“¿Qué es lo verdaderamente valioso de la existencia?”

F. Nietzsche, *La filosofía en la época trágica de los griegos*¹

El tema del nihilismo representa algo antiguo en la filosofía, la preocupación por la nada ha venido acompañando el pensamiento durante el desarrollo de toda la historia de Occidente. Esa sombra *ex nihilo* se ha manifestado de múltiples formas; en la literatura, el arte, la filosofía e incluso la música podemos vislumbrar rastros de lo que sería su causa esencial: la pérdida de la meta. Sin embargo, no es sino hasta la segunda mitad del siglo XIX que llegaba a ser tema de discusión y hasta el novecientos que se dejaría avistar como un problema fundamental. Pero, ¿Quién es este huésped tan molesto? En aras de hacer diáfano el significado concreto del nihilismo nos remitiremos en primera instancia a las definiciones brindadas por la R.A.E y el diccionario de filosofía de Nicola Abbagnano.

Para la real academia de la lengua española el nihilismo consta de dos significados: 1. Es la negación de todo principio religioso, político y social. 2. Es la negación de un fundamento objetivo en el conocimiento y en la moral².

¹ Nietzsche, Friedrich. *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Valdemar, Madrid, 2003, p. 39.

² Real Academia de la lengua Española. *Diccionario de la lengua Española*. Tricentenario, 2014, p. 1537.

Ahora bien, si lo tomamos desde la filosofía, el nihilismo es definido de la siguiente manera: Término a menudo usado con intención polémica y aplicado a doctrinas que rehúsan reconocer realidades o valores cuya admisión se considera importante³.

Siguiendo este hilo conductor, podríamos afirmar que el nihilismo es la negación de todo posible sentido de la existencia, de la moral, de los valores tradicionales que rigen culturalmente al hombre. Es una ruptura con los fundamentos que lo sustentaban, con la forma bajo la cual se ha interpretado todo lo real y por lo cual se le ha dado valor a la existencia.

Este término empezó a ser utilizado como un apelativo que designaba un carácter negativo de desarraigo. Se acusaba de nihilistas a aquellos que habían perdido el horizonte, el suelo y el *telos*, aquellos para quienes el mundo y la existencia se mostraba desconocida, ajena a las explicaciones suministradas por la autoridad imperante, fuera religiosa o política. Todo aquello que representaba la cúspide de la sacralidad, los valores que con férreo fervor se habían tenido por verdaderos, inmutables y eternos, se mostraban ahora como un sinsentido, ofreciendo a su vez el vértigo del enigma y el temor al vacío, en contraposición a la calma balsámica que habían brindado el idealismo y el cristianismo; los cuales habían proporcionado en cierta medida un sustento a la cultura, ofreciendo una explicación a la existencia del hombre y a lo real mismo.

Es menester hacer hincapié que los valores deben ser entendidos bajo esta perspectiva como un principio cosmológico, es decir, como un fundamento supremo. Por consiguiente, el fracaso de estos valores que anuncia Nietzsche representa el derrumbamiento de todos los

³ Abbagnano, Nicola. *Diccionario de filosofía*. Fondo de cultura económica, México, 1963, p. 854.

cimientos bajo los cuales se había edificado la cultura. Es la muerte de lo sagrado, la pérdida del suelo que había sostenido a Occidente. Por esta razón, resulta ser un tema capital en el desarrollo de la historia occidental.

Los valores le dan al hombre un criterio, un orden en su existencia, le marcan un derrotero bajo el cual debe conducirse en el mundo y reconocerse en él. Traen consigo una cosmovisión que alivia un poco la necesidad de hallar una explicación ante lo contingente e inefable, son en cierta medida un antídoto contra el hastío y la incertidumbre. ¿Qué pasa entonces cuando esos valores fracasan? El hombre al perder la fe en valores supremos que lo habían sostenido queda arrojado al mundo carente de un sustento. Aquellos fundamentos que en antiguo habían estado por antonomasia como fuente motora y vital se han devaluado, hoy nos parecen extraños. Por consiguiente, el nihilismo es un estado de angustia y desamparo, donde el hombre ya no se encuentra consigo mismo en el mundo que habitaba, donde el derrumbamiento es ineludible y la existencia convulsiona ante el agitado ritmo del declive.

A la luz de esta lectura es válido preguntarnos, ¿Es el nihilismo una corriente filosófica? ¿Un adjetivo? ¿Un fenómeno? Es menester aclarar que no fue sino hasta Nietzsche que el nihilismo sería tomado estrictamente como un problema filosófico, adquiriendo una preeminencia en el pensamiento y la cultura occidental. Él mismo sería el primero en dar una definición concreta del término y a su vez habría de autoproclamarse “el primer nihilista perfecto de Europa”⁴.

Antes de Nietzsche el nihilismo fue utilizado como un adjetivo asignado a diversas personas y corrientes filosóficas y literarias. Por toda Europa se escuchaba esparcirse el rumor de un

⁴ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 22.

ethos apático y desarraigado de los valores tradicionales de unos extraños hombres que iban en contra de lo establecido y se habían extraviado de los senderos de la moral. Este huésped silencioso estaba morando desde hacía mucho tiempo atrás pero nadie se había detenido propiamente a desarrollarlo con rigor.

No obstante, pese a tener su momento cumbre de desarrollo en la filosofía de Nietzsche no es el nihilismo un acaecimiento que surja originariamente en él. Por el contrario, como ya lo hemos mencionado lo antecede una larga historia, que si bien, tiene unas raíces que en su momento no se le reconocieron como nihilismo, si dejarían avistar este fenómeno gestado a lo largo del proceso de interpretación del valor de la existencia. En consecuencia, se le podría considerar como un fenómeno histórico que ha permeado la cultura occidental debido a los valores establecidos como superiores, trascendentes. Es decir, gracias a las directrices que se le han asignado a la existencia humana, a los fundamentos regentes y la devaluación de los mismos.

Si deseamos desentrañar la génesis del término nihilismo hemos de remitirnos en principio a su etimología –del latín *nihil*, nada-. Si rastreamos históricamente el pensamiento obsesionado con la nada podríamos advertir que muchos filósofos se ocuparon de este tema. Esta preocupación latente puede evidenciarse por ejemplo, en el filósofo griego Gorgias, a quien podríamos considerar el primer nihilista de la historia occidental. Él declara que “nada existe; pero si algo existiese, no sería cognoscible; y si de todos modos fuese cognoscible, no sería comunicable”⁵.

⁵ Gorgias. *Fragmentos y testimonios*. Aguilar, Buenos Aires, 1974, p. 19.

Al igual que Gorgias, muchos pensadores tomaron como eje central de su filosofía su preocupación por la nada. No obstante, ocuparse del tema no corresponde estrictamente a hablar de nihilismo. Si bien es claro que implícitamente fue un tema recurrente en la filosofía, no se abordó propiamente como nihilismo sino hasta el siglo XIX.

Aunque no entraremos a profundizar en cada caso particular donde se tomó la nada como fundamento del interés filosófico, si es menester mirar a vuelo de pájaro algunos ejemplos que dan muestra de dichos antecedentes. Pues, aunque no se reconocieran en el momento como nihilismo si daban cuenta de la gran preocupación que se tenía por este huésped. Esta historia del pensamiento obsesionado por la nada incluye a “Juan Escoto, Meister Eckhart, Charles de Bovelles; y al gran filósofo alemán Leibniz, quien en los *Principios de la naturaleza y la gracia* formula su célebre pregunta “¿Por qué hay algo en vez de nada?” a lo que responde: “Porque la nada es más simple y más fácil que algo?”⁶ Esta pregunta sería planteada posteriormente por el también filósofo alemán Martín Heidegger al inicio de su obra *Introducción a la metafísica* donde abre con el interrogante “¿Por qué hay ente y no más bien nada?”⁷

Podemos ver que el pensamiento teórico ha estado acompañado de la sombra *ex nihilo*, y claramente Nietzsche, quien posteriormente sería el máximo exponente del nihilismo, reconoce la historia teórica circundante en el problema, por lo cual denomina a una de sus formas “nihilismo teórico”⁸. Sin embargo, el nihilismo no se mueve sólo en el ámbito de la filosofía. La literatura, la estética y la política también han manifestado esbozos de su preocupación por este huésped. Es decir, el nihilismo no irrumpe sólo de forma teórica sino

⁶ Cfr, Volpi, Franco. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007, p. 15.

⁷ Heidegger, Martín. *Introducción a la metafísica*. Gedisa S.A, Barcelona, 2001, p. 11.

⁸ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 63.

que se da también de forma práctica, aun cuando no se tenga un conocimiento preciso de éste.

El término nihilista se asomaba ya en la cultura francesa como un calificativo otorgado a un tipo de hombres apáticos, que no se reconocían en el marco político imperante en su momento. Aquellos que tradicionalmente se sentían extraños a las convicciones culturales regentes. Quienes no estaban “ni por ni contra la Revolución” fueron apostrofados bajo este apelativo. Sin embargo, el hecho de que el término apareciera estaría lejos de que fuera utilizado de manera clara e inequívoca.

Las primeras manifestaciones del término nihilismo se pueden ver de manera explícita en la literatura. Sus exponentes incorporaron en sus personajes su preocupación por la nada y el desarraigo. Es de esta manera como vemos la primera aparición del término nihilismo con el exacerbado crítico del romanticismo Juan Paul, en el año 1801. Este novelista alemán crea a “Roquairol” una de las más significativas figuras nihilistas de la literatura alemana. De igual manera, introduce el término para designar a los románticos, “nihilistas poéticos” afirmando que:

“Ellos ven sólo el arte y no la naturaleza: ebrios de su yo, profundamente egoístas, no hacen más que celebrar el libre juego de la fantasía, vale decir, la actividad espontánea del yo creador, olvidando el no-yo, la naturaleza, el universo entero, Dios incluido, que terminan por reducir a nada. Pero cuando casi como un sol que se oculta, también Dios desaparece y se desvanece por un tiempo, entonces todo el mundo entra en la oscuridad”⁹.

Esta aterradora visión apocalíptica donde el hombre queda solo a merced del turbulento devenir del Universo entero, donde hasta Dios mismo nos ha abandonado y nosotros caemos desolados, encarna una de las causas fundantes del nihilismo: la muerte de lo sagrado. Jean

⁹ Cfr, Volpi, Franco. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007, p. 27.

Paul, representa de manera clara esta afección dos veces. La primera, en *Lamento de Shakespeare muerto, entre los muertos que lo escuchan en la iglesia, sobre la no existencia de Dios en 1789*. Aquí describe a viva voz desde un altar su experiencia con la nada:

“No existe allí ni Dios ni tiempo. La eternidad no hace más que dar vueltas en sí misma y roer el caos. El arcoíris de los seres se arquea sin sol sobre el abismo y se disuelve gota a gota: asistimos a la muda sepultura de la naturaleza suicida y somos sepultados con ella. ¿Quién más alza la mirada hacia un ojo divino de la Naturaleza? Él lo sujeta con una desmesurada órbita vacía y negra”¹⁰

La segunda alusión la hace en su célebre *Discurso del Cristo muerto, desde lo alto del universo sobre la no existencia de Dios en 1796*. Aquí su visión de la nada se muestra de una manera más radical:

“¡Nada inmóvil y muda! ¡Fría, eterna necesidad! ¡Loco azar! ¿Conocéis vosotros lo que domináis? ¿Cuándo derribéis al edificio y a mí? – Azar, ¿Sabes tú lo que harás cuando avances con tus huracanes en la nevisca de las estrellas, apagando un sol después del otro con tu hálito, y cuando el rocío luminoso de las constelaciones termine de centellar a tu paso? – ¡Qué solo está cada uno en la inmensa tumba del universo! Junto a mí aquí estoy solo. – ¡Oh, padre! ¡Oh, padre! ¿Dónde está tu seno infinito, para que pueda descansar sobre él?”¹¹

Es evidente que en las palabras de Jean Paul hay una ruptura con el fundamento sagrado sobre el cual yacía la existencia. Ese valor cosmológico supremo se ha devaluado por su imposibilidad de constatación, no ha podido sosegar nuestra angustia y hemos caído en el vacío.

Pese a la clara reticencia al nihilismo que subyace en Jean Paul, el término no se haría popular sino hasta 1862 cuando el novelista ruso Iván Turguénev declaró haber sido él quien acuñó

¹⁰ Cfr, Volpi, Franco. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007, p. 27, 28.

¹¹ Cfr, Ibíd., p. 28.

el término “nihilista” por primera vez en *Padres e Hijos* (1862)¹². “Esta palabra fue utilizada para describir a Bazarov a quien hace referencia como “el hombre nuevo”, el que sabe que tiene que negar, que para avanzar debe pisotear creencias y valores tradicionales, y procede de impertérrito, sin preocuparse demasiado de las cenizas y la destrucción que deja a sus espaldas.”¹³ Debido a la realidad histórica de Rusia en el año 1959 donde se estaba atravesando la abolición del servicio de la gleba y la opresión a los campesinos; el nihilista emerge como una crítica social ante los ideales humanísticos tradicionales profesados por los padres, enarbolando unos nuevos valores, basados en la rebeldía, el desconcierto y la desesperanza de la nueva generación.

No obstante, esa atribución de la invención del término y el sentido, no es más que una presunta paternidad, aunque es menester darle a Turguéniev, el mérito de su difusión y popularidad. Posteriormente, el nihilismo entraría en furor con Dostoievski, quien en el prólogo de su *Discurso sobre Pushkin* evoca ese sentimiento de desarraigo de todo que se hace patente en el hombre ruso negativo, que ya nada puede sosegarlo, quien ya no encuentra sustento en nada, ni en la fe ni en la tierra natal, pues él mismo niega su patria y sufre por ello.

Ahora bien, para retornar al campo de nuestro interés hemos de centrar nuestra reconstrucción histórica en el plano filosófico. Con la cosmología moderna y la concepción cartesiana de la naturaleza como *res extensa*, es decir, como espacio vacío y materia, el hombre colisiona con la metafísica provocando un desarraigo de ese sustento del que se servía. Pascal hace la anotación de este desarraigo metafísico con estas sombrías palabras:

¹² Véase, Turgueniev, Iván. *Padres e Hijos*. Colección Austral, Madrid, 1990.

¹³ Volpi, Franco. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007, p. 18.

“Hundido en la infinita inmensidad de los espacios que ignoro y que me ignoran me espanto”¹⁴. Este desarraigo resultaría ser un causal determinante en el surgimiento del nihilismo, pues el hombre pierde ese fundamento metafísico que lo sustentaba, se siente ajeno a su habitual forma de ser, habitar y concebirse en el mundo.

“En el universo físico de la cosmología moderna el hombre ya no puede habitar y sentirse en su casa como en el cosmos antiguo y medieval. El universo es percibido ahora como extraño a su destino individual: se le muestra como una angosta celda en la cual su alma se siente prisionera o bien como una desarraigante infinitud que lo inquieta. Frente al eterno silencio de las estrellas y a los espacios infinitos que le permanecen indiferentes, el hombre está solo consigo mismo. Existe sin patria”¹⁵

Aunque la cosmología moderna nos deja vislumbrar vestigios de las causales imperantes en el nihilismo, no se hablaba de manera explícita de este fenómeno. El término nihilismo no fue utilizado propiamente con un sentido filosófico sino hasta 1799 con Jacobi, quien envía una carta fechada del 3 de marzo al filósofo alemán Johann G. Fichte: “Verdaderamente, mi querido Fichte, no debe disgustarme cuando usted, o quien sea, quieren llamar *quimerismo* a aquello que opongo al idealismo, al que acusó de *nihilismo*”¹⁶. Esto que nos presenta Jacobi corresponde de igual manera a la interpretación de la historia de Occidente propuesta por Nietzsche y su crítica radical al idealismo.

Aquí ya se empieza a dibujar el problema de una manera más profunda, pues no corresponde a una negación caprichosa de la autoridad, ni a un apelativo del cual nos podamos servir de forma despectiva para nombrar unos cuantos extravagantes intelectuales marginados, sino que se muestra como el resultado de una “interpretación histórica del valor de la existencia”¹⁷,

¹⁴ Cfr. Volpi, Franco. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007, p. 22.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 22.

¹⁶ Jacobi, F.H. *Carta de Jacobi a Fichte sobre el nihilismo en Anales del seminario de Historia de la filosofía* 12. Servicio de publicaciones UCM, Madrid, 1995, p. 256.

¹⁷ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 27.

en el cual el hombre ya no se reconoce y ya no encuentra sosiego en los fundamentos de los cuales había bebido a lo largo de su existencia. El universo se le muestra extraño y el hombre se desgarrar ante su propia pequeñez, aquello que convalidaba todo un orden social, cultural y existencial ha sucumbido ante el devenir.

“El nihilismo no es una negación, sino una situación, un estado intelectual que es, a su vez, consecuencia de la laberíntica y titánica filosofía del idealismo alemán. Nietzsche encuentra sus orígenes, a veces en el cristianismo, pero con ello no hace otra cosa que tratar de asir desde un aspecto el inasible nihilismo y confirmar lo que apuntó en otra ocasión, esto es, que el nihilismo es la consecuencia del idealismo”¹⁸

Hasta aquí este recorrido histórico por el término nihilismo nos ha mostrado que éste ha sido utilizado como un apelativo, como un adjetivo en el que yace un carácter de negatividad. No obstante, Nietzsche no ve el nihilismo como un tema de segundo orden, sino que lo inserta propiamente como un problema filosófico, ya no tiene ese tinte de adjetivo de la cultura occidental sino que es la cultura occidental misma. El suelo desde donde hemos de entender Occidente.

¹⁸ Gutierrez Girardot, Rafael. *Aproximaciones*. Procultura S.A, Bogotá, 1986, p. 142, 143.

CAPÍTULO II

EL NIHILISMO EN EL PENSAMIENTO DE NIETZSCHE

“Quiero aprender a considerar lo necesario en las cosas como su belleza; de este modo seré de los que hacen bellas las cosas. “Amor fati”: éste será desde ahora mi único amor. No quiero combatir la fealdad. No quiero acusar ni siquiera a los acusadores. ¡Volver la vista!: Esta será mi única negación! Y, sobre todo, ver las cosas en grande; yo quiero, cualesquiera que sean las circunstancias, no ser más que un afirmador”¹⁹

Nietzsche, La gaya ciencia.

Entre aforismo y nihilismo

La importancia de Nietzsche en la tradición filosófica occidental, consiste sobre todo en su capacidad de interpretar y representar el declive de todos los valores imperantes. Este diagnóstico cultural de su contexto y su momento histórico, le permite no sólo declarar el fracaso de todos los valores supremos, sino también profetizar el proceso que ha de vivenciar Europa durante los dos siguientes siglos. Es Nietzsche quien viene a declarar “esta fatalidad que se anuncia por todas partes y que habla ya por boca de cien signos”²⁰ Esta clara referencia al nihilismo europeo la encontramos en el prefacio de *La Voluntad de Poder*, aquí parte de una concepción general del nihilismo. Se considera a sí mismo como un filósofo que no teme a reflexionar, que ha vivido el nihilismo profundamente y ha ido más allá de éste:

¹⁹ Nietzsche, Friedrich. *El eterno retorno*. Obras completas tomo VI. Aguilar, Buenos Aires, 1959, p. 21.

²⁰ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 21.

“El que aquí les dirige la palabra no ha hecho, en cambio, hasta ahora, más que reflexionar: como filósofo y solitario, por instinto, que encuentra su provecho en la vida apartada, en la paciencia, en el aplazamiento y en el retardo; como un espíritu aventurero y temerario, que ya se ha extraviado no pocas veces en todos los laberintos del porvenir; como un pájaro profeta que “mira hacia atrás” cuando relata lo que ha de ocurrir, primer nihilista perfecto de Europa, pero que ya ha superado el nihilismo (el cual ha vivido en su alma), dejándole tras de sí, por debajo de sí, fuera de sí”²¹.

El filósofo que llega al mundo como un cometa ha venido a alzar su voz para anunciar la irrupción de algo que desde hace mucho tiempo se ha venido gestando y que ahora aguarda en nuestra puerta, a saber, el nihilismo. Cabe hacer hincapié que Nietzsche no considera este fenómeno sólo como un problema teórico sino como una experiencia ética personal; él lo ha vivenciado dentro de su alma, es decir que lo ha hecho consciente y lo ha llevado hasta sus últimas consecuencias.

Autoproclamarse “el primer nihilista perfecto de Europa” da cuenta del padecimiento y la inquietud que genera este tema en Nietzsche, pues lo hace suyo, lo aprehende, lo vive en carne propia. Ahora bien, es menester detenernos por un momento a esclarecer esta bifurcación que subyace en los tipos de nihilistas, pues aunque el nihilismo ha morado desde hace mucho tiempo en nuestra puerta, es poco común que éste sea un tema de angustia en el diario vivir de las personas. Parecería por la obviedad del declive cultural que experimentamos, que el nihilismo se comprende de facto, que “cualquiera puede ver que el nihilismo no es en tanto el oscuro experimento de extravagantes vanguardias intelectuales, sino que forma parte ya del aire mismo que respiramos”²². ¿Entonces, por qué nos parece tan lejano y desconocido?

²¹ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 21, 22.

²² Volpi, Franco. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007, p. 14.

Para Nietzsche, la razón se halla arraigada en que pese a que vivenciamos el nihilismo a diario no lo hemos hecho consciente, no se da dado en nosotros una apropiación de éste. Lo vivimos sin darnos cuenta, por eso nos resulta tan extraño y forastero; padecemos de un mal que aún no hemos logrado detectar, pero que está ahí. A estos tipos de nihilistas Nietzsche los ha de designar “nihilistas imperfectos”²³ en contraposición a quienes no han temido asumirlo y llevarlo hasta sus últimas consecuencias, en este caso nuestro filósofo, quien afirma con toda certeza ser el primero de Europa.

El estilo aforístico cargado de atisbos, simbolismos, sentencias intempestivas y algunas veces contradictorias de Nietzsche, nos deja entrever la incandescencia de su pensamiento. No obstante, también resulta una limitante al momento de desarrollar una idea, pues él mismo es una determinación de su variable estado psicológico, Jaspers afirma que “en sus frases a menudo se destaca en primer plano una espesa maleza que oculta lo esencial”²⁴. No existe en él una teoría sistemática que nos permita dilucidar de forma ordenada su pensamiento. En consecuencia, es menester tejer lazos de una obra a otra, entrelazar ideas, y desentrañar esos misterios que son lo que a nuestros ojos seducen y a nuestro sentir le atraen.

Como si fuese un presentimiento Nietzsche anota categóricamente al inicio del *Ecce homo* la siguiente sentencia “Ante todo no me confundáis”²⁵. La causa efectiva de esta “confusión” deriva en gran parte del hecho de que su filosofía ha sido tan popularizada que el mensaje ha llegado a tergiversarse y extraviarse en el camino. Su lenguaje literario y asistemático hace plausible una cercanía con el autor, sus aforismos son repetidos constantemente sin que ofrezcan ninguna dificultad aparente. Sin embargo, fue quizás esa misma manipulación de

²³ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 39.

²⁴ Jaspers, Karl. *Nietzsche y el cristianismo*. Elaleph.com, 2000, p. 61.

²⁵ Nietzsche, Friedrich. *Ecce homo*. Alianza, Madrid, 2013, p. 21.

su pensamiento lo que llevó a que no se le reconociera como filósofo sino hasta tiempo después de su muerte.

Anuncio del nihilismo

En la *Voluntad de Poder* Nietzsche afirma enfáticamente que “las grandes cosas exigen que no se hable de ellas o que se hable de ellas con grandeza: con grandeza quiere decir con cinismo y con inocencia”²⁶, y si nos detenemos a pensar que esa bofetada que el filósofo da a su cultura representa el derrumbamiento de todas las bases que sustentaban la existencia, se hará diáfano que el nihilismo es una lógica e importante consecuencia. De aquí derivan el interés y la actualidad de este tema, que representa un pilar constitutivo de su pensamiento y que logra avistar la realidad de un vasto problema que estamos vivenciando en nuestro siglo.

En “la razón del plan” del libro primero de la *Voluntad de poder*, Nietzsche, anuncia la llegada del Nihilismo con las siguientes palabras: “El nihilismo está a la puerta; de dónde nos viene este huésped molesto como ninguno?”²⁷

Tal como lo vimos en el capítulo anterior el término nihilismo no emerge propiamente de la filosofía de Nietzsche, sino que éste ya había sido utilizado por algunos novelistas rusos a finales del XVIII y principios del siglo XIX. Sin embargo, es Nietzsche el primero en plantearlo como problema filosófico, como un tema capital que ha venido permeando toda la historia de Occidente. Es decir, lo pone en primer plano y lo muestra ya, no como una interpretación de la cultura, sino como la esencia misma de la cultura occidental.

²⁶ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 21.

²⁷ Ibid., p. 25.

Nietzsche fue fuertemente influenciado por la literatura de Dostoievski y Turgueniev, quienes expusieron a través de sus personajes el fenómeno del nihilismo en su contexto histórico. De igual manera, nuestro filósofo se vería seducido por el pensamiento de la nada y el concepto de voluntad de Schopenhauer, quien aunque no declaró propiamente el tema del nihilismo, sí ejerció un papel determinante en el desarrollo del pensamiento de Nietzsche.

No obstante, las raíces del nihilismo se encontrarían arraigadas en las entrañas del platonismo y el cristianismo, siendo éstos los portadores de éste mal, que por lo tanto, tiene su raíz más profunda en la metafísica. El cristianismo crea una dualidad de mundos analógica a la de Platón, en la cual, aquello suprasensible ha de considerarse como verdadero, como eterno e inmanente, como el *telos* de la existencia. Por consiguiente, la existencia fáctica es tomada sólo como un puente, como una apariencia, como un paso mediante el cual el hombre tiene la posibilidad de reunirse nuevamente con el ente supremo. La acción humana está determinada por un fin moral último, pues es mediante el obrar que el hombre se abre camino a esa promesa de redención y salvación. Nietzsche en el *Ocaso de los ídolos* rompe con esa dualidad de mundos y con ello todos los valores fundamentados en la metafísica se quedan sin sustento. En palabras de Nietzsche:

“Nosotros hemos sorprendido al verdadero mundo; ¿qué mundo ha quedado? ¿Acaso el aparente?... Pero no. ¡Con el verdadero mundo hemos suprimido también el mundo aparente!” (Mediodía; instante de la sombra más corta; fin del larguísimo error; punto culminante de la humanidad; INCIPIT ZARATUSTRA)”²⁸

En el anterior aforismo que tiene por título “*De cómo el mundo verdadero terminó convirtiéndose en una fábula*” y cuyo subtítulo es “Historia de un error”, se considera el

²⁸ Nietzsche, Friedrich. *El Ocaso de los ídolos*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958, p. 220.

nihilismo un fenómeno histórico que se ha gestado en el seno de la filosofía desde Platón y que tiene como momento último de arribo el cristianismo. La razón es clara, éstos han establecido como valor supremo un mundo suprasensible que al ser imposible de constatar pierde la validez, termina mostrándose como un caminar hacia la nada.

Aunque la referencia al nihilismo es ineludible, no era la primera vez que Nietzsche se ocupaba del tema. El término hace su aparición por primera vez en el verano de 1880, en escritos que él pensaba poner en su *opus magnum*²⁹ y que no verían la luz sino hasta después de su muerte.

En el año 1885 Nietzsche presentó el proyecto de una obra titulada *Voluntad de dominio. Ensayo de una nueva interpretación del mundo*. Posteriormente, en el año 1886, el título fue modificado de la siguiente manera: *Voluntad de dominio. Ensayo de una transmutación de todos los valores*. Éste sería el título con el cual la obra vería la luz en el año 1901 en una primera edición, cuando su hermana Elizabeth Foster Nietzsche se dio a la tarea de organizar y publicar los fragmentos que nuestro filósofo había dejado como plan. Esta obra póstuma consta de cuatro divisiones, siendo el primer libro titulado como “Nihilismo Europeo”. Podríamos decir, que éste fue el primer tratamiento explícito que se le dio al problema del nihilismo, no obstante éste ya se avistaba como un vasto problema con la declaración de la muerte de Dios.

²⁹ Queda abierta la polémica sobre la voluntad de Nietzsche de realizar una obra titulada *La voluntad de poder*, y en la convicción que su publicación sería un acto arbitrario, los estudiosos Giorgio Colli y Mazzino Montinari, publicaron los apuntes de Nietzsche como *Nachlass* o *Fragmentos póstumos*.

La muerte de Dios es anunciada por primera vez en la *Gaya Ciencia* (1882). En el aforismo 125 del mencionado libro Nietzsche describe a un hombre fuera de sí quien a plena luz del día enciende un farol gritando que busca a Dios.

“¿Dónde se ha ido Dios? Yo os voy a decir, les gritó. ¡Nosotros le hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo hemos podido obrar así? ¿Cómo hemos podido vaciar el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para vaciar el horizonte? ¿Qué hemos hecho cuando hemos separado esta tierra de la cadena de su sol? ¿Adónde le conducen ahora sus movimientos? ¿Lejos de todos sus soles? ¿No caemos sin cesar? ¿Hacia adelante, hacia atrás, de lado de todos lados? ¿Todavía hay un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? El vacío ¿No nos persigue con su hálito? ¿No hace más frío? ¿No ves oscurecer cada vez más, cada vez más? ¿No es necesario encender las linternas en pleno mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿Nada sentimos aún de la descomposición divina? ¡También los Dioses se descomponen! ¡Dios ha muerto! ¡Y somos nosotros quienes le hemos dado muerte! ¿Cómo nos consolaremos, nosotros, asesinos entre asesinos? Lo que el mundo poseía de más sagrado y más poderoso ha perdido su sangre bajo nuestro cuchillo. ¿Quién borrará de nosotros esta sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué expiaciones, qué juegos nos veremos forzados a inventar? ¿La grandeza de este acto no es demasiado grande para nosotros? ¿No estamos forzados a convertirnos en dioses, al menos para parecer dignos de los dioses? No hubo en el mundo acto más grandioso, y las generaciones futuras pertenecerán, por virtud de esta acción, a una historia más elevada de lo que fue hasta el presente toda la historia”³⁰.

Las brumosas palabras del “insensato” muestran como la muerte de Dios, es una nefasta consecuencia de la pérdida de los valores y por lo tanto, una posición aporética del ser humano en el ámbito de la cultura occidental. Aquel fundamento sagrado, el ente supremo por antonomasia, el valor cosmológico más elevado ha muerto. La meta se ha perdido, como Nietzsche definiría posteriormente el nihilismo, falta la respuesta al porqué.

³⁰ Nietzsche, Friedrich. *El eterno retorno*. Obras completas tomo VI. Aguilar, Buenos Aires, 1959, p. 169, 170.

¿Qué quiere decir que nosotros hemos matado a Dios? Que su valor ha fracasado, que al mostrarse irrealizable, la meta se ha devaluado. Éste ya no puede servirnos de sustento, no ha solucionado el problema de la existencia. Nosotros somos los asesinos de Dios, lo hemos desangrado bajo nuestros cuchillos porque esto es un proceso necesario, porque debemos derrumbar todas las bases que nos sustentaban para poder construir de nuevo y regirnos bajo un nuevo fundamento.

¿Qué queda entonces de nosotros si Dios muere? ¿Qué pasa cuando perdemos ese suelo que nos sostenía? Es evidente que hay una caída en la nada, un salto al vacío al ser nosotros quienes precipitamos este proceso. La muerte de Dios es la pérdida del horizonte y no se puede interpretar sólo como una crítica religiosa, sino que abarca todo lo que convalidaba ese fundamento, el orden social y cultural que se había consolidado bajo ese cimiento supremo. Por esta razón, Nietzsche nos está anunciando la irrupción de algo magno ante lo cual quizás no estamos preparados. “El insensato” mismo advierte: “he llegado demasiado pronto, no es mi tiempo aún. Este acontecimiento está en camino, en marcha, todavía no ha llegado hasta los oídos de los hombres”³¹.

Otra referencia fundamental al nihilismo la encontramos en el segundo apartado del prólogo de *Así habló Zaratustra* (1883 – 1885). Cuenta Zaratustra, que al descender de la montaña se encontró con un anacoreta que con fervor y devoción aún predicaba ensanchando el pecho su amor por Dios. “Así que cuando Zaratustra estuvo solo, dijo para su capote: ¿Pero cómo es posible? ¡Este santo varón, aquí, en su bosque, no se ha enterado todavía que Dios ha muerto!”³².

³¹ Nietzsche, Friedrich. *El eterno retorno*. Obras completas tomo VI. Aguilar, Buenos Aires, 1959, p. 170.

³² Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Eneida, Madrid, 2008, p. 23.

Una ulterior determinación del nihilismo es anunciada en *La voluntad de poder*, por la cual sería ya un proceso necesario debido al carácter histórico de los valores.

“¿Por qué es ya necesaria la llegada del nihilismo? Porque los valores históricos tienen en él sus últimas consecuencias; porque el nihilismo es la resultante lógica de nuestros grandes valores y nuestro ideal; porque tenemos que atravesar el nihilismo para llegar a comprender cuál fue el verdadero “valor” de estos “valores” en el pasado”³³.

Podríamos afirmar que nuestros oídos ya están aguzados para esta funesta profecía nietzscheana, en cuanto nosotros representamos la larga ola de una condición del pensamiento que caracterizó el siglo XX.

A la luz de esta lectura cabe preguntarnos ¿Es Nietzsche un nihilista? Pese a su aseveración de ser el primer nihilista perfecto de Europa, nos dice a reglón seguido que ya lo ha superado. El nihilismo es fruto de un proceso histórico de decadencia y aunque él mismo es hijo de este proceso, lucha y protesta contra esto. Nietzsche afirma que el nihilismo es un proceso necesario, pero no es un fin, sino algo que debe ser superado, podríamos entenderlo como un estado de transición³⁴.

³³ Véase, Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 22.

³⁴ *Ibíd.*, p. 29.

CAPÍTULO III

ESENCIA DEL NIHILISMO

“Pero un día llegará en que la soledad te producirá hastío, en que se rebelará tu orgullo y tu ánimo apretará los dientes; un día en que gritarás: “Estoy solo”... Llegará un día en que no verás tu grandeza de miras y verás demasiado tu bajeza; tu misma elevación te hará temblar como un espectro; llegará un día en que gritarás: “Todo es mentira”

*Nietzsche, Así habló Zaratustra*³⁵

Hasta el momento hemos tratado de esbozar a *grosso modo* en que consiste y como se ha interpretado el nihilismo a través de la historia. Para ello, hemos realizado un rastreo histórico del uso del término, mostrando los aspectos más relevantes de su difusión. De igual manera, nos hemos encargado de hacer una exégesis de las obras principales de Nietzsche, para diagnosticar de dónde nos ha llegado este concepto y cómo deviene a nuestro filósofo esta idea, poniéndola de manifiesto con diferentes expresiones. Ahora, es menester volcar la mirada a la esencia del nihilismo, a la definición concreta que Nietzsche da y la forma como aborda el problema.

La pregunta que ahora nos ocupa es ¿Qué es el nihilismo? En palabras de Nietzsche: “que los valores supremos han perdido su crédito. Falta el fin, falta la contestación al porqué”³⁶. Es decir, el nihilismo es el resultado de una valoración que ha fracasado. Pero, para que esta definición de nihilismo sea legible debemos dilucidar en primera instancia ¿Qué es un valor?

³⁵ Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Eneida, Madrid, 2008, p. 78.

³⁶ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 27.

En el diccionario de filosofía de Nicola Abbagnano podemos ver el término valor en sentido general como: “Todo objeto de preferencia o de elección. Desde la antigüedad la palabra ha sido utilizada para indicar la utilidad o el precio de los bienes materiales y la dignidad o el mérito de las personas”³⁷. Sin embargo, esta definición dista de ofrecernos una cercanía con el problema filosófico que suscita dicho término, por lo cual, hemos de encauzarnos a su dilucidación desde el ámbito de la filosofía.

El término valor comienza a ser utilizado por primera vez en la filosofía antigua con los estoicos, “quienes introdujeron el término en el dominio de la ética y denominaron valor a los objetos de las selecciones morales. Lo hicieron así por entender el bien en sentido subjetivo y, en consecuencia, podían considerar los bienes y sus relaciones jerárquicas como objetos de preferencia o de elección”³⁸. Es decir, existía una inexorable relación entre los valores y la virtud, pues al ser los valores aquello que debía preferirse siempre, marcaba un camino correcto en el actuar del hombre. Pues, aquello que siempre es preferible es el bien. Esta equivalencia existente entre bien y valor en la antigüedad habría de desembocar en la radical crítica que Nietzsche hace a la moral.

La interpretación de valor como bien sólo fue sustituida hasta el siglo XIX bajo los dominios de las ciencias económicas, en las cuales el término valor adquirió un significado y fundamento estrictamente económico. El valor pasaría a designar el precio de un ente determinado.

En el ámbito de la crítica filosófica moderna el filósofo alemán Rudolf Hermann Lotze problematiza este término afirmando que los valores “no son”, sino que los valores “valen”.

³⁷ Abbagnano, Nicola. *Diccionario de filosofía*. Fondo de cultura económica, México, 1963, p. 1173.

³⁸ *Ibid.*, p. 1173.

Es decir, que no pueden ser interpretados desde el ser porque no son entes, sino que valen porque el valor es una asignación dada por el hombre. No obstante, el término entra en auge con Nietzsche y será un determinante radical en todo su pensamiento, especialmente en el tema que ahora nos ocupa. Observemos algunas definiciones de valor presentadas por Nietzsche:

“Todos los valores por los que nosotros hemos tratado hasta ahora de hacer estimable el mundo para nosotros, y por los cuales precisamente le hemos despreciado cuando se mostraron inaplicables, todos esos valores son, desde el punto de vista psicológico, los resultados de ciertas perspectivas de utilidad, establecidas, para mantener y aumentar los campos de la dominación humana, pero proyectadas falsamente en la esencia de las cosas. Sigue siendo, pues, la ingenuidad hiperbólica del hombre lo que hace que se considere él mismo como el sentido y la medida de las cosas”³⁹

“Al valor de las cosas no corresponde ni correspondió realidad alguna, sino que son sólo un síntoma de fuerza al lado del que pone el valor, una simplificación para fines vitales”⁴⁰

“Los valores y sus relaciones están en relación con el desarrollo y la fuerza del que pone el valor”⁴¹

En términos generales para Nietzsche, un valor es una meta, un fin que ha de convalidar la forma bajo la cual el hombre percibe lo real y se desenvuelve en la existencia, un fundamento que sustenta la cultura, una determinación moral que sirve de guía al hombre en su manera de relacionarse consigo mismo y con el mundo, frente a las consideraciones que puede llegar a tener sobre lo que es bueno y lo que es malo. Es decir, toda valoración termina siendo una moral; esto debido a que establece unos fines que han de regir la conducta del hombre, siendo valiosa en la medida que lo acerquen a su objetivo. Estos valores bajo los cuales el hombre occidental se conduce en el mundo han sido establecidos por el cristianismo; ha sido éste el

³⁹ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1947, p. 32.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 33.

⁴¹ *Ibid.*, p. 33.

encargado de interpretar y fundamentar todo lo real. Pero, por el momento no nos detendremos en este tema.

El problema con esta determinación moral se halla arraigado en que el fundamento de toda valoración se ha establecido de forma ultramundana, es decir, el fundamento se ha dado desde la metafísica. “La metafísica es vista de manera no ontológica sino ”moral”; le parece a Nietzsche un movimiento vital en el que se reflejan ante todo “estimaciones de valor”, un movimiento en que se imponen “valores” que atrofan, oprimen y debilitan la vida”⁴². En otras palabras, el fundamento del cual ha bebido toda la moral valorativa se ha pensado por fuera del hombre y la vida, lo que hace que estos fines sean imposibles de alcanzar y por consiguiente, que pierdan su validez.

Nietzsche no ve la desvalorización nihilista de todos los valores como un hecho que acaezca fruto de un sentimiento vital, sino que este acontecimiento reside en los valores mismos, puesto que la vida no se encuentra atada a ningún tipo de finalidad, sino que ésta es un devenir constante y nosotros somos manifestaciones suyas: la vida en sí misma carece de moral. Podríamos afirmar que “la vida es dolor, lucha, destrucción, crueldad, incertidumbre, error. Es la irracionalidad misma: no tiene en su desarrollo, orden ni finalidad; el azar la domina, los valores humanos no encuentran en ella ninguna raíz”⁴³

Los valores son asignaciones que el hombre otorga a las cosas para poder conducirse en el mundo. La dificultad radica en que estas asignaciones han sido establecidas desde una negación de la vida y el devenir, cuyo fundamento es la nada.

⁴² Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. Alianza, Madrid, 2000, p. 17.

⁴³ Abbagnano, Nicolás. *Historia de la filosofía*. Tomo III, Montaner y Simón, S.A, Barcelona, 1978, p. 320.

En contraste, los valores de los que se sirve el hombre para desarrollar su existencia no resultan ser otra cosa que un escape a lo doloroso que puede ser la aserción de una concepción de la existencia sin ninguna finalidad. Los valores, al ser establecidos por fuera de la vida, no pueden cumplir con su objetivo, no pueden ser constatados, no pueden solucionar el problema de la existencia humana y, por ende, ellos mismos se autoaniquilan, se nihilizan, en cuanto no tienen ningún carácter absoluto, sino que son productos de condiciones históricas y afirmaciones de diferentes poderes. Entre los cuales, el poder del Dios cristiano representa la máxima autoridad para la cultura europea moderna, enraizada en dicha tradición.

Los valores y la tradición cristiana

Según nuestras consideraciones generales, evidenciamos que todos los bienes que el hombre ha tenido como supremos son entendidos como valores y que son éstos los que ayudan al hombre a conducirse en la existencia. Lo mismo sucede con toda la interpretación de lo real. Los valores convalidan un orden social en la cultura, determinan una forma de conducta, sirven de sustento al hombre en su existencia. Éstos, a su vez, obedecen a una necesidad intrínseca del hombre, la necesidad de hallar una explicación, una finalidad, un modo de ser y desarrollarse en el mundo ante las contingencias y el devenir. No en vano se ha mantenido el cristianismo hasta nuestros días, pues éste ofrece al hombre una respuesta al “porqué”. Nietzsche nombra cuatro ventajas que ofrece la hipótesis cristiano – moral:

“1. Presta al hombre un valor absoluto, en oposición a su pequeñez, a su contingencia en el torrente del devenir y del perecer.

2. Sirve a los abogados de Dios, en el sentido de que concede al mundo, no obstante la miseria y el mal, el carácter de perfección –comprendiendo en él la famosa “Libertad”-: El mal aparece pleno de “sentido”.
3. Admite que el hombre posee un “saber” particular en punto a los valores absolutos, y le proporciona de este modo, en lo que más importa, un “conocimiento adecuado”.
4. Evita que el hombre se desprecie en cuanto hombre, que se declare contra la vida, que desespere del conocimiento: “es también un medio de conservación”.

En resumen, la moral ha sido el gran “antídoto” contra el nihilismo práctico y teórico”⁴⁴

No obstante, al ser esos valores, bajo los cuales el hombre rige su existencia indemostrables e inalcanzables, se devalúan, terminan siendo un caminar hacia la nada. “Toda valoración moral termina en nihilismo: ¡éste es el porvenir de Europa! Se cree poder construir un moralismo sin fondo religioso, pero esto abre camino al nihilismo. En la religión falta la necesidad de considerarnos como creadores de valores morales”⁴⁵ Ese trasmundo creado por el hombre es producto de una carencia de sentido, y debe ser visto en términos de utilidad que ha perdido su vigencia, por decirlo de algún modo.

Es preciso comprender que la vida no está atada a ninguna causa y ninguna finalidad, que las categorías desde las cuales se ha interpretado la existencia son el resultado de una valoración humana y no hay porque suponerle una razón más allá. “En una palabra las categorías “causa”, “final”, “unidad”, “ser”, por las cuales hemos obtenido un valor para el mundo, quedan retiradas por nosotros; y desde entonces el mundo tiene el carácter de una cosa sin valor”⁴⁶.

Danilo Cruz Vélez nos dice que “...si no nos estuviera invadiendo una ceguera tenaz para lo que no sea superficial, epidérmico y de primer plano, la cual nos impide mirar en el fondo

⁴⁴ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 27, 28.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 35.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 32.

de dónde mana todo lo que está ocurriendo en nuestra época, no habría una ocupación más urgente que la de meditar día y noche sobre el fenómeno del nihilismo”⁴⁷ En este orden de ideas, cabe preguntarnos ¿Por qué no se da tal ocupación? ¿Por qué si el nihilismo está morando entre nosotros no se le reconoce? Es preciso resaltar que el nihilismo irrumpe de diversas maneras, el que hoy vivenciamos podría ser considerado un nihilismo incompleto. Nietzsche ya lo había advertido: “Nihilismo incompleto, sus formas: vivimos en medio de éste. Las tentativas para escapar al nihilismo sin transmutar estos valores producen el efecto contrario: conducen el problema a un estado más agudo”⁴⁸

No es para menos, las nefastas consecuencias que implicarían una apropiación perfecta del nihilismo corresponden al derrumbamiento de los cimientos que sustentaban la interpretación de todo lo real. Es decir, para que haya un nihilismo perfecto éste se debe hacer consiente, debe ser mirado a los ojos sin temor a que todo se nos haga añicos, perder la fe, la finalidad, la explicación de la cual nos habíamos servido para movernos en el mundo. Esta tarea que asume Nietzsche no resulta ser fácil, pues exhorta al hombre a replantearse su existencia, lo deja enfrentado *al horror vacui*, sin fundamento, sin asidero.

La asunción de que la religión no ha podido ni podrá solucionar el problema de la existencia deja al hombre expuesto ante el remolino del devenir. El nihilismo perfecto suscita al hombre a darse la ley de su propia conducta, desde sí, labor que aún no hemos asumido, por eso nos movemos desde la imperfección.

La vida no se encuentra atada a ningún tipo de finalidad, la vida es un devenir constante y nosotros somos manifestaciones de ésta, la vida en sí misma carece de moral. Entonces, ¿Por

⁴⁷ Cruz Velez, Danilo. *Nihilismo e immoralismo*. Eco, 1960, 1975: *Ensayistas Colombianos*. Colección autores nacionales, serie las revistas. Biblioteca colombiana de cultura, 1976, p. 9.

⁴⁸ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 39.

qué una moral valorativa ha de estructurar lo bueno y lo malo? ¿Cuál será ahora nuestro sustento? ¿Cómo podrá el hombre conducirse en la existencia? La ruptura del nihilismo con toda la interpretación histórica del valor de la existencia nos permite vislumbrar que todo lo real debe ser interpretado desde otro fundamento. Que es desde aquí que hemos de situarnos para exaltar positivamente la vida, este fundamento actuará como encuentro y no como renuncia, como un acrecentamiento del poder y no como un debilitamiento vital como se ha venido dando según Nietzsche.

Consuetudinariamente vemos como los valores van caducando y a su paso son instaurados otros. Lo que tenía un valor de alta estima ya resulta obsoleto, por ejemplo, la imagen inmaculada con la que tradicionalmente llegaba la mujer al matrimonio ha desaparecido para abrirle paso a la libertad sexual. El matrimonio ya no es un valor predominante, como tampoco lo es la familia, ni la castidad y muchos menos la filosofía en la actualidad; y ya sea en nombre de la comodidad, libertad, o justicia que se enarbolan dichos cambios lo cierto es que la devaluación es inminente, el declive de todos los valores imperantes nos deja entrever esa realidad atisbada por Nietzsche.

En contraposición, la “trasmutación de los valores” nietzscheana no puede consistir en el cambio de unos valores por otros, sino que radica en el cambio del fundamento del valor, el cambio del desde-dónde se está valorando. Este fundamento no ha de ser suprasensible pues caería bajo los dominios de la metafísica y por consiguiente del nihilismo. El fundamento debe enraizarse en la vida y su devenir. Miremos entonces que nos dice Nietzsche:

“¿Qué cosa es lo bueno? Todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo. ¿Qué es lo malo? Todo lo que proviene de la debilidad. ¿Qué es la

felicidad? El sentimiento de lo que aumenta el poder: el sentimiento de haber superado una resistencia.”⁴⁹

A esa fuente inagotable que tiende al aumento y la conservación de la vida, a lo inmanente en medio del devenir, a ese fundamento ontológico supremo, a ese impulso vital, al Ser del ente, a las manifestaciones de la vida y la vida misma, hemos de entenderla como *voluntad de poder*. “No hay nada en la vida que pueda tener valor si no es el grado de poder, a condición, claro está, de que la vida misma sea la voluntad de poder”⁵⁰. Éste será un principio indiscutible frente al cual Nietzsche ha de desarrollar toda su filosofía, es una intuición que nuestro filósofo no define, una forma de comprensión radical de la realidad que no requiere ser explicada, pues es el fundamento mismo de todo lo real. El mismo Nietzsche buscó acercarse a su definición, y terminó por utilizar metáforas y sugerencias, que tal vez le impidieron escribir un tratado sistemático bajo el título *Voluntad de poder*.

Buscando acercarnos a la determinación de la voluntad de poder, diríamos que la vida se expresa con poder en las cosas simples, en el hecho de que nosotros estemos vivos, en nuestra vitalidad, en la fuerza que nos impulsa. La vida se expresa con poder en las plantas que resisten a las sequías, en los enfermos que resisten a sus padecimientos y dolencias. Este impulso vital es intrínseco en todas las manifestaciones de vida. El ritmo de la vida se ve reflejado en la voluntad de poder, en su tendencia a afirmarse, consolidarse y superarse. Esta fuente es inagotable, pues la vida no tiene un punto de llegada; el poder no acota el poder, es por el contrario constante cambio. Si quisiésemos darle un sentido básico a la existencia sería precisamente el devenir. Se podría deducir que en la vejez esa voluntad va cediendo y eso es lo que hace al hombre claudicar ante la enfermedad, lo mata su falta de impulso vital. En la

⁴⁹ Nietzsche, Friedrich. *El anticristo*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958, p. 297.

⁵⁰ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 59.

naturaleza no sucede esto, el poder no se anquilosa, sino que es constante movimiento, eterna afirmación.

Hasta aquí podemos atisbar que la afirmación de un mundo pensado en valores morales es a su vez la negación de la vida y su poder. La existencia debe ser fin en sí misma, debe ser exaltación de su voluntad, no puede estar herméticamente restringida por una meta, por un fin; pues al llegar a éstos se autoaniquila, se anula. “Desde este punto de vista se admite como única realidad la realidad del devenir, se niega toda clase de camino extraviado que conduzca al más allá y a las falsas divinidades, pero no se soporta este mundo, aunque no se le quiera negar”⁵¹.

Finalmente, es menester reiterar que al referirnos al nihilismo debe ser entendido desde Europa, que nuestro punto de partida, desarrollo y horizonte es Occidente, y que es desde ahí que hemos de situarnos para hablar de los valores y la moralidad imperantes. Por consiguiente, es necesario adentrarnos en el cristianismo el cual rige culturalmente Europa. Nietzsche afirma que el nihilismo es el fracaso de todos los valores cosmológicos, de todos los valores supremos, que las metas hacia las cuales el hombre se conducía se han quedado sin fundamento, se han devaluado. En consecuencia, lo que daba sentido a la existencia ya no está, el hombre ha perdido su asidero. Siguiendo este hilo conductor podremos afirmar entonces que “el nihilismo es consecuencia de la interpretación histórica del valor de la existencia”⁵². Que es necesario cambiar de fundamento desde el cual se ha interpretado todo lo real, y que ha de ser la voluntad de poder el suelo que nos ha de sostener en toda nuestra reflexión.

⁵¹ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 31.

⁵² *Ibíd.*, p. 27.

CAPÍTULO IV

LA MUERTE DE DIOS UN CAMINO A LA LIBERACIÓN DEL HOMBRE

*“Yo quiero restituir al hombre, como propiedad suya, como producción suya, toda la belleza y la sublimidad que ha proyectado sobre las cosas reales e imaginadas para hacer de este modo su más bella apología. El hombre, como poeta, como pensador, como Dios, como amor, como poder: ¡Oh, sobre su magnanimidad real con que ha enriquecido las cosas para empobrecerse él, para sentirse miserable! Esta ha sido hasta ahora su mayor abnegación: la de admirar y adorar y saber ocultarse que era él mismo el que creaba aquello que admiraba”*⁵³

F. Nietzsche, La voluntad de dominio

Sobre la crítica a la metafísica

Hasta el momento hemos tratado de dilucidar que el nihilismo como fenómeno histórico genera una ruptura con la forma bajo la cual se ha entendido y fundamentado todo lo real. Éste es producto de una interpretación y un diagnóstico que Nietzsche hace a Occidente. Por consiguiente, si deseamos desentrañar lo que trae consigo dicho fenómeno es menester descender hasta sus raíces más profundas. Es decir, que para comprender a cabalidad las causas e implicaciones del nihilismo hemos de situarnos desde el campo de la metafísica, pues es ahí donde se ha gestado todo el problema. “De esta manera que la polémica de Nietzsche contra la filosofía occidental es una polémica contra la metafísica occidental”⁵⁴.

⁵³ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 105.

⁵⁴ Cruz Velez, Danilo. *De Hegel a Marcuse*. Biblioteca Colombiana de Filosofía, Bogotá, 1986, p. 93.

Como ya lo habíamos mencionado anteriormente, el cristianismo ha sido el encargado de interpretar todo lo real en Occidente, es el portador por antonomasia de toda la moral valorativa y en consecuencia, el momento último de arribo del nihilismo. Sin embargo, este proceso no inicia con el cristianismo, sino que ha venido gestándose desde Platón, quien coloca el mundo verdadero más allá de nuestra realidad, y fue retomada por la tradición cristiana a través la amplia exegética platónica que se desarrolló a partir del siglo XV⁵⁵.

Para el cristianismo el sumo bien, el fundamento último de todo lo real también es trascendente, se encuentra más allá de la sensibilidad. Dios o el *summus ens*, determina de igual manera una praxis adecuada del hombre. Es desde este fundamento supremo que se establece toda la moral valorativa bajo la cual se rige la existencia. Un claro ejemplo, son los diez mandamientos, esa tabla de moral impone la forma correcta en la que el hombre debe conducirse en el mundo, habitarlo y habitarse.

No obstante, al ser la metafísica el fundamento último de todo lo real abre paso al nihilismo, pues los valores supremos en los cuales se ha establecido toda la interpretación de la existencia se desvanecen. Es decir que caen en el vacío, se devalúan. Es por eso que Nietzsche considera que el nihilismo es la consecuencia de la “interpretación histórica de la existencia”⁵⁶. Específicamente en la obra *El ocaso de los ídolos*, Nietzsche habla de “*La historia del larguísimo error*”, que él analiza con la finalidad de eliminarlo. Errores que el filósofo, considerándolos como manifestaciones en el curso de la historia de Occidente, así describe:

⁵⁵ Fue en aquel siglo que surgió en Florencia la Academia platónica de Marsilio Ficino y de Cosimo de Medici, y todos los estudios universitarios se concentraban en la metafísica platónica o aristotélica.

⁵⁶ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951, p. 27.

“1. El mundo verdadero es accesible al sabio, al piadoso, al virtuoso; éste vive en él, es este mundo”.

(Forma más antigua de esta idea, relativamente sabia, simple convincente. Es una transcripción de la frase “Yo” Platón, “soy” la verdad)”⁵⁷.

Nietzsche considera que la historia del error comienza a principios del siglo IV a. de C. en Atenas, cuando Platón funda la academia y su concepción metafísica. Se postula la existencia de un mundo verdadero, trascendente. Ese mundo suprasensible se convierte por antonomasia en el sumo bien del hombre, la tierra prometida del sabio, el piadoso y el virtuoso.

“2. El mundo verdadero no es accesible hoy, pero es prometido al sabio, al piadoso, al virtuoso”
 (“al pecador que hace penitencia”)

(Progreso de la idea: se hace más sutil, más insidiosa, más inaprehensible, se hace femenina, se hace cristianismo)”⁵⁸.

Aquí se empieza a dibujar la temprana Edad media, la fusión del platonismo con el cristianismo. A pesar de ser el otro mundo, lo supremo, ideal y verdadero, no puede ser alcanzado en la realidad presente. Por consiguiente, se convierte en una promesa ulterior para el sabio, el piadoso y el virtuoso. Por su parte, el mundo sensible es degradado a la apariencia.

“3. El mundo verdadero es inaccesible, indemostrable, no prometible, pero ya, por el hecho de ser pensado, es un consuelo, una obligación, un imperativo”

(En el fondo es el viejo sol; pero se transparenta a través de la neblina y del escepticismo; la idea se ha hecho sublime, pálida, nórdica, “kónigsberguiana”)⁵⁹.

Esta parte de la historia que escribe Nietzsche, se desarrolla en el siglo XVIII en Europa, en el marco de la crítica escéptica de la ilustración. Se empieza a socavar ese mundo

⁵⁷ Nietzsche, Friedrich. *El Ocaso de los ídolos*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958, p. 220.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 220.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 220.

ininteligible, Kant postula que lo único cognoscible es el mundo sensible el cual podemos aprehender por medio de la experiencia. Por ende, el mundo verdadero es incognoscible, indemostrable y no prometible. No obstante, es posible pensarlo y eso sigue funcionando como una promesa esperanzadora, como un consuelo.

“4. ¿El mundo verdadero es inaccesible? En todo caso, no hemos tenido acceso a él. Y no habiendo tenido acceso a él, es desconocido. Por consiguiente, no puede servir de consuelo, no puede ser liberador, no puede obligar; ¿qué obligación podría imponernos una cosa desconocida?..”

(Mañana gris, primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo)”⁶⁰.

Ya a mediados del siglo XIX entrabamos en una fase de escepticismo y desarraigo metafísico. El positivismo consideraba como prejuicios teológicos los intentos kantianos de salvar el mundo suprasensible. Pues, si éste no es cognoscible, no se puede sustentar, ni prometer, por lo cual, tampoco puede brindar un consuelo, ni una obligación.

Empieza a amanecer para el hombre, empezamos a despertar del sueño dogmático de la metafísica.

5. El “verdadero mundo” es una idea que no es ya útil para nada, ni siquiera impone obligaciones; es una idea que se ha hecho inútil y superflua, por consiguiente, una idea refutada, eliminémosla.

(Día claro; desayuno; vuelta del buen sentido y de la serenidad, púdico rubor de Platón, caso endiablado de todos los espíritus libres)⁶¹.

Aquí ya comienza Nietzsche a bosquejar su propia filosofía, aproximadamente en el año 1878, con la publicación de *Humano, demasiado humano*. El concepto de mundo verdadero para él se convierte en una fábula, ha perdido su carácter de sacralidad, la Idea suprema ha pasado a ser sólo una idea de Platón, se ha devaluado, al ser inalcanzable se muestra como

⁶⁰ Nietzsche, Friedrich. *El Ocaso de los ídolos*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958, p. 220.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 220, 221.

algo estéril e inútil para el hombre. Por consiguiente, no es menester seguirla sosteniendo.

Ya el hombre sale al claro día.

6. Nosotros hemos sorprendido al verdadero mundo; ¿qué mundo ha quedado? ¿Acaso el aparente? ... Pero no. ¡Con el mundo verdadero hemos suprimido también el mundo aparente! (Mediodía instante de la sombra más corta; fin del larguísimo error, punto culminante de la humanidad, INCIPIT ZARATUSTRA).⁶²

Con el anuncio de Zaratustra, en el año 1883 comienza la filosofía positiva de Nietzsche. Aquí él ha abandonado por completo la idea de un mundo verdadero y considera necesario abandonar también la idea de un mundo aparente. Cabe resaltar, que esto no quiere decir que se deba destruir el mundo sensible, sino abolir esa concepción platónica y cristiana de dos mundos, deshacerse de la dualidad, de la dicotomía, eliminar ese carácter de apariencia del mundo.

El cristianismo y la muerte de Dios

La preeminencia del cristianismo en la cultura occidental se halla arraigada en que fue éste el que fundamentó toda la moral valorativa regente en Europa, que servía de sustento al hombre en su existencia. Asimismo, establecía un camino correcto por el cual debía conducirse y que lo llevaría a la consecución de su fin último. Era un refugio que convalidaba el orden social y cultural. Este suceso se dio gracias a la instauración del cristianismo por parte del emperador romano del siglo IV Constantino en su imperio.

Esto quiere decir, que todos los valores imperantes que rigen la existencia son resultado de una interpretación moral cristiana. El sentido y el fin último de la vida se han consolidado en una tendencia a la consecución de un verdadero mundo, a un paraíso suprasensible, al

⁶² Nietzsche, Friedrich. *El Ocaso de los ídolos*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958, p. 221.

reencuentro con el ente supremo. Por consiguiente, el nihilismo tiene su momento cumbre bajo el manto del cristianismo con su renuncia al mundo actual en favor de un mundo superior, de un fin último de la humanidad más allá de la historia.

Para Nietzsche la existencia del hombre ha sido un caminar negando la vida. Es decir, que este fundamento metafísico y moral de toda la cultura occidental es ajeno al hombre, ha producido valores contrarios a la vida. La cual, se convierte en un medio de segundo orden para alcanzar el encuentro con la divinidad.

Sin embargo, Nietzsche afirma que esos valores al mostrarse inalcanzables no han solucionado la existencia, no han cumplido con su fin y han fracasado. Esos cimientos que eran considerados supremos han terminado por sucumbir ante crisis culturales, dejando desprotegido al hombre; éste ya no se reconoce en ellos, ya no encuentra sustento ni sosiego en esa calma balsámica que pregonaba el cristianismo.

Por tal motivo, la declaración de la muerte de Dios constituye no sólo una crítica religiosa sino también un diagnóstico cultural e histórico, "...la muerte de Dios es una consecuencia precisamente de la historia que lo ha creado, es decir, que ha creado la interpretación cósmica de la metafísica moral y de la moral metafísica"⁶³. Por este motivo representa el derrumbamiento de toda una cultura, el hundimiento de todo lo que la había regido existencialmente, la devaluación de todo lo sagrado, el fracaso de los valores cosmológicos y el diagnóstico de los dos siglos venideros. Pero a su vez, es un paso que da el hombre hacia su liberación, hacia la creación de unos nuevos valores que estén fundamentados en la vida, que afirmen y abracen el mundo y su devenir, libre, sin ataduras, sin ningún sentido.

⁶³ Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. Alianza, Madrid, 2000, p. 187.

¿Qué pasa cuando esos valores cosmológicos, aquellos que habían sustentado el mundo fracasan? Todas las bases sobre las cuales el hombre ha edificado su existencia se derrumban, todo lo que se había considerado sacro pierde su fuerza, los valores que configuraban la existencia humana pierden validez y dejan al hombre sin recursos. El declive de los valores supremos y la irrupción del nihilismo son por lo tanto un acaecimiento trágico, un infortunio ante el cual sólo el superhombre será capaz de sobreponerse. Nietzsche mismo anuncia este derrumbamiento como un acontecimiento funesto.

“Todo lo que el hombre ha colocado hasta ahora por encima de sí, todo aquello de que pendía su corazón, su vida más íntima, todo lo que, en general, le hacía hombre y le distinguía del animal elevándole por encima de la mera animalidad, todo lo que durante más de veinte siglos ha brillado como estrellas resplandecientes sobre el paisaje de su vida, todo esto revela de pronto un oscuro tras-sentido, todo esto muestra un trasfondo funesto y espantoso. En el vino de la vida comienzan a predominar los posos amargos”⁶⁴.

Trasladando esta concepción en una perspectiva histórico-cultural se podría decir que esta caída de valores abre paso a la Modernidad, que si por un lado expresa su carácter negativo con la realización del nihilismo, por el otro lado abre el camino a la posibilidad de cambiar el fundamento del valor, uno bajo el cual pueda gestarse una nueva forma de existencia, enraizada en la vida misma, sin ningún fundamento suprasensible.

Para Nietzsche, la existencia es trágica pero al mismo tiempo, adquiere un tinte positivo para quien en su capacidad de participar con ímpetu a esta tragedia sea capaz de danzar al ritmo de la vida. Con eso se llega a la descripción del Superhombre que se da cuenta que “dios ha muerto”. La asunción de la muerte de Dios es por lo tanto el primer paso para la creación de

⁶⁴ Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. Alianza, Madrid, 2000, p. 181.

una nueva tabla de valores, cuyo fundamento sea una férrea voluntad de poder. Es preciso que el hombre viva.

“El superhombre, que conoce la muerte de Dios, esto es, el fin del idealismo perdido en el más allá, ve en éste tan sólo un reflejo utópico de la tierra, devuelve a la tierra lo que ella le había prestado y lo que se le había robado, renuncia a todos los sueños ultramundanos y se vuelve a la tierra con la misma pasión que antes dedicaba al mundo de los sueños. La cumbre suprema de la libertad humana se vuelve hacia la Gran Madre, hacia la tierra de anchos senos; en ella tiene el límite, el contrapeso que equilibra todas las proyecciones hacia afuera”⁶⁵.

La inversión que hace Nietzsche es la de otorgarle al hombre el lugar que por antonomasia le corresponde, como creador, como artífice, como ente en capacidad de dotar de valor a las cosas, de tejer su propio camino, “la tarea que impone al hombre el nihilismo perfecto: darse la ley de su conducta desde sí mismo y por sí mismo, asumiendo los riesgos que esto implica, y sin buscar ningún apoyo fuera de sí.”⁶⁶

La vida carece de moralidad, es el hombre quien carga las cosas simbólicamente y de esa autonomía es que debe apropiarse. “Cuando hayamos roto de esta manera la tiranía de los valores tradicionales, cuando nos hayamos desembarazado de un mundo verdadero, tendrá que surgir de suyo, un nuevo orden de valores”⁶⁷. En consecuencia, la transvaloración de los valores consiste en un cambio de fundamento; desde el cual se ha de considerar la vida como valiosa, como una afirmación positiva en sí misma, sin ningún ente suprasensible que la condicione, ni un fin último superior al instante mismo.

⁶⁵ Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. Alianza, Madrid, 2000, p. 81.

⁶⁶ Cruz Velez, Danilo. *Nihilismo e immoralismo*. Eco, 1960, 1975: *Ensayistas Colombianos*. Colección autores nacionales, serie las revistas. Biblioteca colombiana de cultura, 1976, p. 25.

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 25

El fundamento bajo el cual el hombre ha de regirse entonces, será la vida, la voluntad de poder y su evaluación moral se basará en la aceptación alegre de aquella revelación del demonio anunciada en *La gaya ciencia*, denominada pensamiento (*Gedanke*) del eterno retorno⁶⁸. La Voluntad de poder es el sentido de la vida, es aquello que conduce a su aumento y conservación. Ya no es Dios el punto de partida para valorar, ya no es el desde dónde, ya los valores no se circunscriben a un escape de la vida terrenal y sus contingencias; ahora, la vida ejerce un papel preponderante en la valoración, convirtiéndose en el eje fundamental, ahora la vida reina y encuentra en el devenir su único sentido. Ya no hay una negación, sino una eterna afirmación positiva de la existencia. El hombre ha desangrado bajo sus cuchillos su propia creación, el hombre ha matado a Dios.

Es necesario primero derribar, destruir, desgarrarse, para poder crear, construir a partir de una eterna exaltación de la vida, desde la afirmación de la vida misma y todos los acaecimientos del devenir. El hombre se vuelve artífice de su propia existencia, no encaminado a la persecución de una vida posterior, más real, verdadera, sino afirmándose positivamente desde su existencia fáctica.

Zaratustra nos habla *de las tres transformaciones del Espíritu*⁶⁹, en las cuales en un primer estadio el hombre es camello, aquel que carga sobre su espalda el lastre que le han impuesto a lo largo de su existencia. El camello reverente que se arrodilla, que acepta y respeta toda la carga moral de los valores nihilistas, aun cuando éstos rompan su espalda. El camello es el hombre dócil y obediente. Pero, llega un punto en el cual ese camello sediento que camina por el desierto se transforma en león. Éste adquiere la fortaleza necesaria para arrojar fuera

⁶⁸ Véase, Nietzsche, Friedrich. *El eterno retorno*. Obras completas tomo VI. Introducción Eduardo Ovejero y Maury. Aguilar, Buenos Aires, 1959, p. 39

⁶⁹ Véase, Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Eneida, Madrid, 2008, p. 39

de sí toda esa carga que traía auestas, niega los valores que le agobiaban y le oprimían, se hace consiente de todo el peso de la moralidad. Hay en el león una cierta libertad, pero es preciso que éste vaya más allá, que trascienda, que sea capaz de crear sin ataduras. Ese león que grita “no” debe empezar a afirmar una voluntad liberada.

Una vez el hombre ha atravesado éstas dos transformaciones puede nacer el niño, el ser que puede jugar con inocencia y olvido. Que crea y construye sin ningún fin posterior: el niño es la muestra de la liberación del hombre.

“Al reinstalarse la existencia humana en la tierra, al basar su libertad en ella, o más exactamente, al no ser ya la libertad una libertad para Dios, pero tampoco una libertad para la nada, sino la libertad para la tierra, que es el seno de que surge todo lo que nace y ocupa un lugar y un sitio en el tiempo, al hacer esto, la existencia humana adquiere, a pesar de todos los riesgos, una estabilidad última. Donde se hallaba antes Dios para el hombre prisionero de su autoalienación se encuentra ahora la tierra.”⁷⁰

⁷⁰ Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. Alianza, Madrid, 2000, p. 81.

BIBLIOGRAFÍA

NIETZSCHE, F. *Voluntad de dominio*. Obras completas tomo IX. Aguilar, Buenos Aires, 1951.

_____ *Humano demasiado humano*. Obras completas tomo III, IV. Aguilar, Buenos Aires, 1953 – 1954.

_____ *El Anticristo*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958.

_____ *El Ocaso de los ídolos*. Obras completas tomo X. Aguilar, Buenos Aires, 1958.

_____ *El eterno retorno*. Obras completas tomo VI. Aguilar, Buenos Aires, 1959.

_____ *En torno a la voluntad de poder*. Península, Barcelona, 1973.

_____ *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Valdemar, Madrid, 2003.

_____ *Así habló Zaratustra*. Eneida, Madrid, 2008.

_____ *Ecce Homo*. Obras completas tomo XI. Alianza, Madrid, 2013.

ABBAGNANO, N. *Diccionario de Filosofía*. Fondo de cultura económica, México, 1963.

_____ *Historia de la filosofía*. Montaner y Simón S.A, Barcelona, 1978.

BOTERO, D. *La voluntad de poder de Nietzsche*. Ecoe ediciones, Bogotá, 2000.

CRUZ VELEZ, D. *Nihilismo e immoralismo*. Eco, 1960, 1975: *Ensayistas Colombianos*. Colección autores nacionales, serie las revistas. Biblioteca colombiana de cultura, 1976.

_____ *Nietzscheana*. Biblioteca popular de autores Caldenses, Manizales, 1982.

_____ *De Hegel a Marcuse*. Biblioteca Colombiana de filosofía, Bogotá, 1986.

- DELEUZE, G. *Nietzsche*. Arena libros, Madrid, 2000.
- ECKHART, M. *El fruto de la nada y otros escritos*. Siruela, Madrid, 1998.
- ESCOTO, J. *División de la Naturaleza*. Orbis, S.A, Barcelona, 1984.
- FINK, E. *La filosofía de Nietzsche*. Alianza, Madrid, 2000.
- GORGAS. *Fragmentos y testimonios*. Aguilar, Buenos Aires, 1974.
- GUTIERREZ GIRARDOT, R. *Aproximaciones, Ensayos*. Procultura, Bogotá, 1986.
- HEIDEGGER, M. *Introducción a la metafísica*. Gedisa, Barcelona, 2001.
- _____ *Nietzsche*. Ariel, Barcelona, 2013.
- JACOBI, F.H. *Carta de Jacobi a Fichte sobre el nihilismo en Anales del seminario de Historia de la filosofía 12*. Servicio de publicaciones UCM, Madrid, 1995.
- JASPERS, K. *Nietzsche y el cristianismo*. Elaleph.com, 2000.
- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua Española*. Tricentenario, 2014.
- RODRIGUEZ, A. *Eco, 1960, 1975: Ensayistas Colombianos*. Colección autores nacionales, serie las revistas. Biblioteca colombiana de cultura, 1976.
- SIERRA MEJÍA, R. *La filosofía en Colombia: siglo XX*. Procultura, Bogotá, 1985.
- TURGUENIEV, I. *Padres e Hijos*. Colección Austral, Madrid, 1990.
- VOLPI, F. *El nihilismo*. Siruela, Barcelona, 2007.